

Diseñaremos el mañana

Designing tomorrow

José Luis Manzanares Japón. Dr. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos
Presidente del Grupo Ayesa. jlmanzanares@ayesa.es

Resumen: Durante los últimos ciento cincuenta años los ingenieros de caminos hemos colaborado de forma decisiva en la transformación de España en un país moderno, vertebrado, seguro y referente de bienestar. Ahora tenemos por delante la tarea de hacer un planeta más amable donde los más desfavorecidos y las generaciones futuras disfruten de una existencia digna. No es labor fácil porque aquellos que se dicen intérpretes de la Naturaleza cuestionan, frenan cuando no impiden la transformación del territorio. En las líneas que siguen se pone de manifiesto la necesidad corporativa de tener más presencia en los medios de comunicación para explicar el punto de vista de la ingeniería. También se interroga a la propia Naturaleza sobre su postura ante la lucha por el poder que la utiliza como pretexto.

Palabras Clave: Desarrollo sostenible; Ecologismo radical; Naturaleza; Medios de comunicación; Presencia pública; Transformación territorial; Selección por aptitud; Especie humana

Abstract: Over the last one hundred and fifty years, civil engineers have played a decisive part in the transformation of Spain into a modern, well-communicated, safe and prosperous country. Civil engineers now face the task of forming a friendlier environment where the less advantaged and future generations as a whole enjoy a dignified existence. This is no easy task as there are those who claim to be the spokespeople for the environment, who question, handicap and even actively prevent the transformation of an area. The article underlines the essential need for a greater presence in the media to explain the engineering focus. Questions are also raised regarding the use of the environment as a political weapon.

Keywords: Sustainable development; Radical ecologism; Nature; Media; Public presence; Territorial transformation; Selection by aptitude; Human species

Introducción

Me siento muy honrado al haber sido propuesto por el Colegio para pronunciar la conferencia inaugural del V Congreso de la Ingeniería Civil. Soy consciente de la responsabilidad que implica abrir la plaza, más aun cuando se trata de la de Sevilla, y por tanto quiero expresar mi gratitud por la designación y mi íntimo deseo, cuajado de temor, de estar a la altura de las circunstancias.

Al plantearme el contenido de la intervención, me hice la pregunta inmediata ¿A qué venimos aquí? Después de reflexionar un rato, llegué a la conclusión de que no venimos a buscar oportunidades de negocio, como es habitual en nuestros foros; tampoco venimos a aprender técnicas nuevas... acudimos realmente a encontrarnos con nosotros mismos. Este congreso tiene mucho de ejercicios es-

pirituales de la profesión. Porque ganar dinero y poder no es todo en la vida, también es importante tener la satisfacción íntima de ser útil a la sociedad, saber que lo que uno hace es valioso para los demás. Creo fundamental la reflexión sobre cuanto hacemos, para descubrir si cabe hacerlo mejor, y cual es la demanda de la gente de la calle que aspira a tener un futuro de bienestar asegurado.

Con esa perspectiva, mi intervención podría ser un sermón, una plática introductoria con la crítica de nuestros vicios y defectos. Pero además de servir para poco, resultaría antipática. En el polo opuesto, esta charla podría ser algo más convencional y frecuente en nuestras reuniones, la overture sinfónica de tono triunfal de un congreso que cantara al mundo lo bueno que somos. Tampoco sería muy útil y podría rozar el ridículo. En lugar de eso, he decidido hacer algo más parecido al primer tercio de una corri-

da de toros. Estamos junto a la Maestranza, nuestra profesión tiene por delante cornúpetas difíciles de lidiar y siempre he soñado con ser torero.

En términos taurinos, como primer conferenciante debo colocar el toro en suerte para la faena posterior. Dar los primeros capotazos y a base de verónicas, chicuelinas y medias, poner de manifiesto la clase de bicho a torear, sus puntos difíciles y qué debe esperar el público de la tarde.

Por tanto, en esta conferencia voy a reflexionar, con un capote imaginario, sobre el papel del ingeniero de Caminos en el desarrollo sostenible, reto tremendo e ineludible que nos plantea el futuro. Y esa reflexión va a ser provocadora. Los lugares comunes no aportan nada, aburren y no dejan huella. En cambio la provocación despierta el ánimo, aguza la crítica y la rebeldía, e induce al intelecto a la búsqueda de respuesta. Intentaré hacer un toreo valiente, de toro pasado por la taleguilla, sin temor a la cogida probable al menor descuido. No será como lo haría José Tomas, mas serio que yo, pero cojo el capote a sabiendas de afrontar una faena en terrenos muy complicados.

La primera tanda de pases se la daré a nuestro presente, me llevaré después el toro a los medios para vislumbrar nuestro futuro a base de gaoneras y después centraré el grueso del tercio en nuestra relación con el mundo ambiental... Ahí me cogerá el toro.

Nuestro presente

Desde mi punto de vista, nuestra profesión no pasa por sus mejores momentos de influencia social. Aunque tenemos pleno empleo, tras una década de bonanza económica y elevadas inversiones en infraestructuras, nuestro prestigio social está muy lejos del de la época dorada, cuando toda madre soñaba con casar a su hija con un ingeniero de Caminos.

Cualquier ciudadano es capaz de citar de memoria nombres de arquitectos, abogados o médicos ilustres pero difícilmente sabría el de algún compañero nuestro. Quizá no seamos conscientes de la pérdida de presencia social porque a nuestras empresas les va fantásticamente, aquí y en el extranjero, pero debemos ser conscientes de que esas grandes compañías están cada vez más lejos de nuestro colectivo. Y eso es natural, en el proceso empresarial

en la construcción cada día pesan más los elementos financieros y menos los técnicos.

Uno de nuestros principales déficit es la pérdida del sentido corporativo. Antes era un orgullo sentirse miembro del cuerpo de Ingenieros de Caminos. Ahora eso no existe. Somos capaces de cualquier cosa por defender a las empresas donde trabajamos pero no movemos ni un dedo por la profesión. Y si nosotros no protegemos a nuestra carrera ¿quién lo va a hacer?

Es más, somos con frecuencia nuestros principales críticos. Nuestro afán perfeccionista y la defensa mal entendida de los intereses empresariales, nos llevan a juzgar como mediocre cualquier actuación profesional. Los de la contrata califican a los proyectos de muy malos con injusta frecuencia. Los proyectistas acusan a los constructores, quizás en defensa propia, de desprecio por la técnica movidos solo por el beneficio de la obra. Los de la Administración tampoco defienden demasiado el valor tecnológico: adjudican los proyectos por criterios de reparto y baja económica. A veces los tratan como si fueran solo un trámite, un mal necesario que se corrige al construir. Si abjuramos de nuestra capacidad técnica y le negamos el valor que le corresponde ¿cómo pretendemos que lo haga la sociedad? Y esta situación es paradójica e incomprensible, porque el nivel de nuestra actuación es realmente de primer orden. El mundo entero, donde competimos con gran éxito, reconoce el gran valor de la ingeniería española. Somos nosotros y nuestra absurda autocrítica el freno para la promoción pública de los ingenieros.

Para colmo de circunstancias adversas a nuestro prestigio profesional, además de pasar desapercibidos para el ciudadano, nuestra tarea, la ejecución de las infraestructuras, está muy cuestionada por la doctrina ambiental. Muchos catalogan cualquier obra pública como una agresión al territorio que altera el paisaje, afecta a la vegetación o la fauna y pone en peligro la vida futura. Para ser autorizada, necesita superar barreras y pruebas hasta ser considerada digna de recibir el calificativo de sostenible, adjetivo sublimado a la categoría de certificado de pureza de sangre. La actitud de una buena parte de la sociedad ante nuestra labor es de desconfianza.

Si las obras de transporte son capaces de resolver dificultades más o menos razonables para ser aprobadas, las obras hidráulicas no suelen superar la barrera ambiental. En un país, con recursos hidráulicos

mal distribuidos en el espacio y en el tiempo, se han proscrito por dogma las presas y los trasvases como obras enemigas de lo natural. Se ha consagrado el perfil longitudinal de las cuencas y el régimen natural como deidades intocables, y cualquier actuación hidráulica es considerada perversa.

Nosotros mismos, como colectivo, hemos sido abducidos por la doctrina. Nos hemos resignado a ignorar la necesidad de nuevas obras e incluso llegamos a confirmar erróneamente la tesis de inexistencia de emplazamientos adecuados para ubicar nuevos embalses.

La política del agua seguida por todos nuestros dirigentes, con independencia del partido en que militen, es demencial. Se ha utilizado como arma de confrontación social y las distintas comunidades españolas dan muestras de una insolidaridad irracional a la vez que convierten la administración del recurso en un objetivo político a descentralizar, olvidando el desigual reparto territorial de un agua que es de todos y no es de nadie.

Las obras hidráulicas se han teñido de la peor política: las presas son franquistas, los trasvases del PP y las desaladoras socialistas. Es la mejor manera de no hacer ninguna de ellas porque a la barrera ambiental, utilizada normalmente como pretexto, se une la animadversión de los rivales.

Desde otro punto de interés, el despilfarro de los recursos energéticos ciñe una amenaza sobre el futuro del desarrollo. Afortunadamente, se ha abierto el camino de las energías renovable donde el viento y el sol son usados con acierto, a costa de olvidar el agua, la más rentable y limpia de todas, condenada por el veto ambiental. En estas nuevas fuentes de energía y en la innovación que llevan consigo, estamos razonablemente situados, como colectivo y como empresas.

El fenómeno de la globalización nos abre puertas para ejercer nuestra tarea en cualquier lugar del mundo, donde encontraremos sin duda el mercado futuro de nuestra actividad. Los ingenieros españoles lo hemos abordado con empeño y las constructoras e ingenierías están presentes en toda la geografía terrestre y, con ellas, nosotros como profesionales. Simultáneamente, la presión de quienes consideran a las infraestructuras agresoras de lo natural extiende nuestras dificultades nacionales al resto del planeta. A su vez, el éxito mediático de las organizaciones no gubernamentales bajo las banderas del ambiente y



la solidaridad, las convierte en instrumentos de cooperación internacional para tareas de desarrollo, más propias de las ingenierías que, con toda seguridad, harían más eficaces esas inversiones. Nuestro Colegio debe reclamar ante los poderes públicos nuestro papel de garantes de una cooperación internacional eficaz y honesta.

En todos esos ámbitos podríamos jugar un papel decisivo si consiguiéramos superar nuestro mayor déficit: la escasa presencia mediática como colectivo, con falta de consideración social y nulo protagonismo profesional. Pero si quisiéramos restablecerlo no nos bastaría con intentarlo sin más, nos enfrentamos al enorme poder de la tesis conservacionista, creadora ante la opinión pública de una imagen pésima de nuestra principal tarea, la transformación del territorio, convertida en una agresión intolerable para un mundo sostenible.

Nuestro futuro

Ese escenario no tomaría tintes preocupantes si no estuviera por delante el reto de la auténtica sostenibilidad. En un mundo donde solo disfruta del desarrollo el 20% de la población y el 50% vive en una pobreza de dos dólares diarios, en un planeta que ha de acoger a nuevos habitantes (la mitad más de los existentes en los próximos treinta años), el porvenir se dibuja con aires de incertidumbre, no ya para nuestro colectivo sino para la sociedad entera.

Ese mañana precisa de más agua, alimentos, energía e infraestructuras para producir, administrar y gestionar los recursos que van a ser demandados. Nuevos embalses, trasvases, desaladoras, depuradoras, centrales energéticas, vías de comunicación, telecomunicaciones y una correcta ordenación del territorio constituyen la tarea a emprender si queremos unos descendientes con nuestro estado de bienestar.

La ingente tarea encuentra su principal dificultad en el mal uso del concepto que la propicia, la sostenibilidad, interpretada como inmovilidad, cuando no vuelta al pasado aún a costa de cerrarle las puertas al mañana.

La cumbre de Johannesburgo dejó algo bien claro, el desarrollo sostenible debía asentarse simultáneamente en tres pilares básicos: crecimiento económico, progreso social y cuidado del medio ambiente. Y sin embargo, la tesis vigente en amplios sectores de opinión, promovida e impulsada por el ecologismo radical, sacrifica y olvida los aspectos económicos y sociales para identificar la sostenibilidad de forma exclusiva con la conservación ambiental, tesis equivalente a subordinar a la especie humana a su entorno.

El ecologista radical tiene poco que ver con la ecología. En lugar de plantear un cuidado ambiental para obtener un futuro próspero en un mundo desarrollado, declara frontalmente la incompatibilidad entre desarrollo y planeta sostenible. Para él, toda actividad humana atenta al medio ambiente y la Tierra ya está dañada y en peligro de extinción a causa de la tecnología. Añora un pasado idílico, un edén de convivencia armónica entre especies agredido y destrozado por el hombre. Es una tesis más religiosa que científica con una notable influencia social y política.

Como consecuencia de todo ello, nos enfrentamos a un estado de opinión colectivo que convierte a las infraestructuras en un peligro para la vida, la Naturaleza en una deidad intocable, sus defensores en agentes muy influyentes, y sus argumentos en pretextos de confrontación política. Lo cual deja inerte a un colectivo como el nuestro, sin otra razón de ser que la vocación por la remodelación territorial.

Ante esa situación cabe preguntarse si debemos aceptar esa creencia social como cierta, o considerarla un estado de error, como definía Julián Marías a

El ecologista radical tiene poco que ver con la ecología. En lugar de plantear un cuidado ambiental para obtener un futuro próspero en un mundo desarrollado, declara frontalmente la incompatibilidad entre desarrollo y planeta sostenible

los estados de opinión fabricados a base de medias verdades insistentemente repetidas hasta convertir la falsedad en certeza. Si optamos por la confrontación, ¿seremos capaces de luchar armados solo con nuestra escasa representatividad y protagonismo social? ¿O sería mejor tirar la toalla, ante una guerra quizás perdida de antemano, para no agotar la escasa credibilidad que nos queda? Nuestra lucha podría parecer interesada y nuestra crítica al conservacionismo, una agresión más al medio ambiente en beneficio propio.

En mi intervención del congreso de Barcelona dediqué mis palabras a llamar la atención sobre la falta de consideración que nos ofrece hoy, a nosotros mismos, la figura del ingeniero de Caminos. No sirvieron para mucho, porque poco hemos cambiado. Por eso no voy a insistir aquí con la misma idea. Hoy voy a exponer una tesis que defiende nuestra lucha corporativa contra una opinión pública confundida. Mi respuesta personal a si debemos dar la batalla ambiental, donde radica uno de los nudos gordianos de nuestro futuro, es que sí, y a ello voy a dedicar el resto de mi conferencia.

Quiero anticipar que distingo claramente entre ecología, ciencia y postura, digna de admiración, gracias a la cual los hombres hemos comprendido la importancia de salvaguardar el planeta de actuaciones irresponsables, y ecologismo radical, visión fanática de la Naturaleza que sacrifica el bienestar del ser humano a unos dogmas inexistentes, caprichosos y crueles. Ellos son el rival a batir y a su tesis va dedicada esta intervención.

Un tinte de fantasía

Cuantos me conocen, saben de mi afición a los cuentos, la fantasía, la alegoría y la parábola. Una conferencia, puede ser más amena y atractiva si se convierte en un relato. Ya en el tercer congreso, en Barcelona, cuando critiqué la situación de nuestra profesión, lo hice a través de la peculiar aventura de un ingeniero congelado. La historia impactó bastante más que si hubiese echado un sermón sobre nuestros defectos. Muchos aún la recuerdan y me la comentan.

Hoy volveré a probar fortuna con una estrategia dialéctica similar, aunque la solemnidad de una con-

ferencia inaugural no permita el tono jocoso y mordaz de aquella intervención. Para expresar bien mis ideas e inducir a la provocación anunciada, voy a utilizar la figura de un diálogo, imaginado, soñado, o quien sabe si real, que mantuve hace unos días con la Madre Naturaleza.

Hace algo más de un mes, pronuncié una conferencia en la Escuela de Madrid dirigida a los alumnos novatos recién matriculados por vez primera en Caminos. La charla se incardinaba en un ciclo de orientación profesional sobre la carrera elegida.

—En mi opinión, —les dije— de todas las facetas propias del ingeniero de Caminos, la que más me reconforta, llena y satisface es la de ser el protagonista de la transformación del territorio hostil para convertirlo en otro diferente, más amable para la vida. Somos los cirujanos de la Tierra.

A la salida, un joven oyente me interpeló:

—¿Cómo puede presumir de ser el transformador de algo natural en una cosa artificial? ¿Cómo le lla-
na de satisfacción agredir a la Naturaleza?

—Hijo —le respondí— has puesto el dedo en la llaga. Si consagramos al territorio como sagrado e intocable, nuestra profesión no tiene razón de ser por mucho que nos disfrazemos de mantenedores, conservadores de lo hecho y maquilladores de las afec-
ciones. Pero yo no estoy de acuerdo con esa visión de profanadores de la Tierra. El planeta necesita ser remodelado y ahí radica nuestra tarea.

El joven, bañado de cultura ecológica, me replicó.

—Pues no debería tener la conciencia tan tranquila. En lugar de pasar de la Naturaleza salga más al campo, recréese con los paisajes liberados de la intervención humana y, por contraste, verifique los horrores cometidos en el resto. Vaya y pregúntele a ella si está de acuerdo con sus infraestructuras.

—Me parece una buena idea —le repliqué picado—. Voy a interrogar a la misma Naturaleza en persona para averiguar su opinión sobre esta polémica. Seguro que no será la tuya.

El futuro alumno me miró desconcertado y se apartó de mí como alguien desconfiado de la cordura de su interlocutor. Pero no me importó. Me había vapuleado el amor propio y estaba dispuesto a demostrarle su sinrazón.

Me fui al ordenador más próximo, elegí mi buscador más esotérico y tecleé: "entrevistar a la Naturaleza". Cuando me salió una dirección de correo y un

cuestionario para exponer los motivos de la entrevista, me quedé sorprendido, pero supuse que, como en la Web hay de todo, me había tropezado con algún nuevo sacacuartos. Como me animaba un extraño empecinamiento, rellené el formulario, di la dirección de mi oficina, lo envié y me olvidé. Ya se me había pasado la fiebre y mis ocupaciones hicieron el resto.

La entrevista

Quince días después, mi secretaria entró con aire divertido en el despacho.

—¿Usted le ha pedido una entrevista a la Naturaleza?

Me ruboricé y asentí.

—Pues ahí la tiene. ¿Le digo que pase?

Por un instante me quedé en blanco. ¿Cómo iba a ser posible aquello? Después comprendí: la ONG de turno había tendido sus redes en Internet y me iba a dar un sablazo. Asentí y me quedé expectante para ver qué entraba por la puerta.

Debo confesar mi decepción. Un señor bajito, con bigote, y aires de profesor de instituto, se acercó a mi mesa.

—¿Usted es...? —Le pregunté tendiéndole la mano.

—La Naturaleza... —afirmó con naturalidad, nunca mejor dicho—. Seguramente me esperaba con otro aspecto, pero elijo la figura más adecuada a mi interlocutor. Usted es ingeniero consultor y, por tanto, me ve como un conjunto de leyes físicas. Por eso vengo bajo el disfraz de físico, profesor de instituto. Cuando me llama un ecologista sincero acudo con la forma de joven atractiva, otras veces adopto la imagen de madre opulenta digna de un cuadro de Rubens y, cada vez más, recurro a convertirme en gran financiero. Para muchos, soy el negocio de su vida.

—¿Y por qué se molesta en conceder entrevistas...? —Indagué ligeramente perplejo.

—Debo aprovechar todas las oportunidades para influir en la especie humana, tan soberbia que se cree ajena a mi reino. Utilizo peticiones como la suya para introducir vectores correctores. En cualquier caso mis entrevistas son breves. Estoy muy ocupada. Si le parece vayamos al grano... Por cierto, póngase estas gafas de realidad virtual cuando me pregunte. Si contempla el espectáculo que le ofrecerán, deja



volar la imaginación, y se desprende de mi aspecto le resultaré más creíble.

Le hice caso. Total, iba solo a perder unos minutos. Me puse las gafas que me tendía y le lancé la primera cuestión.

¿Conservación o transformación?

—La gente te ve muy hermosa —afortunadamente con los ojos tapados no veía el bigote— y considera un pecado transformarte. ¿Hacemos mal cuando te modificamos?

Algo extraño tenía aquel personaje porque su voz sonó a silencio, canto de ave, rumor de aguas y silbido de viento mezclados con un cierto tono de asombro. Las gafas se iluminaron y una naturaleza pujante y dinámica se abrió a mis ojos. Sorprendido por la visión, sus palabras se confundieron con las imágenes.

—¿Cómo me puede preguntar eso? Parece un extraterrestre que no me conociera. Mi estado natural es la modificación constante. Mis paisajes y mis criaturas están siempre en mutación. Mis agentes físicos modelan sin descanso la superficie de la tierra, erosionan, inundan, sedimentan, cubren de vegetación, arden, quiebran... La vida es cambio permanente. Solo los mundos muertos como la luna son inalterables. A pesar de que vuestra soberbia os induce a separaros de mí, para consideraros ajenos a

lo natural, el hombre es una especie más, vuestros actos son tan naturales como los de los demás seres vivos y la separación entre natural y artificial es conceptualmente artificiosa. Pertenece a una colectividad animal tan mía como la de las hormigas, y tus objetivos al modificar mi territorio son tan naturales como los de los insectos. Intentar conservarme en una foto fija es antinatural. La transformación es sinónimo de vida y dinamismo. En mí la única imagen estática posible es la de la muerte. ¿Prefieres la luna a la Tierra?

Las razones de la transformación

Me gustó la contestación. Animado y olvidado ya del aspecto de mi interlocutor, la siguiente pregunta fue capciosa:

—Pero, si eres tan hermosa ¿para qué transformarte?

Ahora su voz sonó como si moviera las nubes de una tormenta para contestar con un trueno teñido de ironía:

—Deberías recordar que soy madre de la vida pero también de la muerte. Todos los ambientes que fabrico son hermosos y, a la vez, hostiles. Cuando naces, corres el peligro de enfermarte, morir de hambre o de sed, ser devorado, oprimido, abrasado o helado, ahogarte o despeñarte. Soy una madre muy exigente y terrible, solo puedo conseguir la evolución hacia la perfección obligándoos a sobrevivir en un ambiente agresivo. Así solo los más fuertes se perpetúan y las leyes genéticas hacen el resto.

En un suspiro como brisa de aire, creí percibir la desilusión de una madre decepcionada por el desconocimiento de su hijo.

—Quizá habléis del medio ambiente cuando os referís a la mitad de mi actividad, la dueña de la vida, pero ocultáis vergonzantemente la otra mitad, donde anida la muerte. Mis especies intentan sobrevivir haciendo más amable el entorno hostil que las rodea. Ese esfuerzo las empuja a evolucionar en una selección por aptitud. Cada ser vivo desarrolla facultades o crea elementos para subsistir con más facilidad. Las primeras se sustentan en cambios genéticos, los segundos se centran en la alteración del hábitat. Así el castor erige represas, el topo excava túneles o las abejas construyen panales. El hombre, especie concedora de mis leyes, ha evolucionado

notablemente y ha conseguido volver mucho más amable su vida. Para ello ha necesitado decenas de miles de años de existencia dura y azarosa, donde vivir constituía de por sí un milagro. Nunca ha existido en mí un edén. Gracias a vuestro afán por superar la hostilidad habéis llegado a un aceptable nivel de vida en el último siglo. Con ello, habéis dado una respuesta positiva a la tensión inducida por mis leyes. Aunque os parezca mentira, todo cuanto llamáis artificial en vuestro infantil orgullo es absolutamente natural. Es vuestra respuesta como especie al reto de la evolución. Con ella, cumplís los deberes.

El temor al desarrollo

Sus contestaciones me impulsaron a insistir:

—Pero el hombre, al transformarte, puede ser también hostil afectarte negativamente. Destruye especies, despilfarrar recursos, destroza el clima, degrada el paisaje... ¿No has exagerado, por no decir errado, al crearnos?

Mi interlocutor respondió, cada vez más asombrado y sin la menor señal de arrepentimiento.

—Al daros el conocimiento, también os he dado un gran poder, lo sé. Poseéis facultades para dar la vida y hacerla más amable, pero también para ocasionar mucho daño. Con solo apretar un botón podríais destruir el planeta. En mi afán por fomentar la selección por aptitud he creado una colección de criaturas capaces de amenazas terribles, no solo vosotros, también muchas bacterias y virus, aunque ninguno de estos me haya preguntado jamás nada parecido a tus inquietudes. Pero como contrapartida a esa eventual hostilidad, os he regalado algo exclusivo: conciencia de adónde conducen vuestros actos, sentido de autocrítica, escala de valores y capacidad de rectificar. Así, sois capaces de autolimitar vuestras actuaciones. No todos los seres vivos cuentan con ello. ¿Te imaginas a un perro renunciando a una salchicha porque tenga colesterol? Saber controlar el riesgo forma parte también del proceso selectivo. El principal reto de la subsistencia humana es el de equilibrar en vuestro desarrollo los recursos necesarios y los disponibles. Una tarea difícil para poner a prueba de nuevo la supervivencia de la especie. Si me transformáis en busca de hacerme más amable,

Aunque os parezca mentira, todo cuanto llamáis artificial en vuestro infantil orgullo es absolutamente natural. Es vuestra respuesta como especie al reto de la evolución. Con ella, cumplís los deberes

la hostilidad inevitable debe aparecer por otro sitio. El riesgo de agotar los recursos o destrozar el hábitat natural es una nueva prueba a superar, o acaso ¿no sois conscientes de la obligación de seguir desarrollándoos, con el cuidado simultáneo de vuestro entorno?

El hombrecillo parecía orgulloso de su obra:

—Para perpetuaros, debéis administrar con mimo los recursos con que contáis. Vuestra alimentación, agua, aire y energía dependen del control humano y de su capacidad para crear nuevas tecnologías multiplicadoras de la disponibilidad actual. Porque, y aquí radica otro reto, os ofrezco recursos escasos y algunos de ellos no renovables. Si los administráis sabiamente marcharéis en el camino correcto. Si no sois capaces de utilizar con cordura los existentes o no encontráis otros nuevos, desandaréis el camino recorrido y os degradaréis hasta extinguirlos. Es la eterna tensión. Pero algo os ha caracterizado siempre, a lo largo de la Historia: habéis sido capaces de desarrollar recursos nuevos. Gracias a ello estáis donde estáis.

Calló un instante y concluyó la respuesta. Su tono de voz sonó solemne:

—En cuanto a la desaparición de especies... Se trata de una afirmación exagerada y no ajustada a la realidad. La mayor parte de mis criaturas ya no existen, y las actuales aparecen y desaparecen como siempre en su lucha contra la hostilidad. Hablar de su conservación, sin más, resulta antinatural. Yo ni me acuerdo ya de muchas. Las diferentes especies viven en permanente confrontación. Si una retrocede, otra ocupa su lugar. Al mismo tiempo, se complementan y colaboran: si una es útil directa o indirectamente para otra, esta última la cuidará y evitará su extinción por la cuenta que le trae. Es un equilibrio egoísta donde se pone a prueba de nuevo la capacidad de superación de las dificultades intrínsecas de la vida. La especie humana se debate entre el afán destructivo provocado por la ambición, la avaricia y la comodidad, insensibles a la desaparición de recursos imprescindibles, y el orden auspiciado por el sentido común, la lástima y el sentido de la belleza. La preocupación por conservar especies, no es ni puede ser altruista, solo es un reflejo intelectual de la simbiosis, y como tal debe ser considerada y atendida. Vuestro propio interés os llevará a proteger lo necesario para vuestra existencia.

El hombre culpable

Debo reconocer que me tenía desconcertado, y a la vez absorto en la conversación. Encontraba sus respuestas descarnadas y duras, pero realmente la Naturaleza que yo conocía, y veía en el escenario virtual de las gafas, no practicaba jamás el altruismo. Decidido a aprovechar la entrevista, volví a la carga.

—Bien, lo admito: nuestro afán por el desarrollo es natural y tus leyes acaban por controlarlo todo pero, entre tanto, muchísima gente juzga mal la actividad del hombre, como irresponsable y provocadora de grandes catástrofes ambientales, porque, al apostar por nuestro desarrollo, lo hacemos egoístamente sin temor a destrozarnos el planeta. Muchos nos califican de cáncer para una Tierra, más saludable y hermosa sin nosotros.

Aquí la Naturaleza se tomó tiempo para contestar. Parecía como si se hubiera quedado muda de perplejidad ante nuestra mala opinión sobre nosotros mismos.

—Si no os conociera de antiguo, me quedaría boquiabierto. Me asombra una especie renegando de su existencia. Y no es lo único sorprendente de vosotros, para ser tan perversos como dices derrocháis demasiada ingenuidad a la hora de comprender las fuerzas motoras de la humanidad. Una de ellas, quizá la más poderosa, sea la opinión de los demás. Os preocupa e influye decisivamente cuanto dicen por ahí. Por eso, los más perspicaces luchan por controlar los estados de opinión. En ellos radica realmente el poder de la manada. Si una minoría consigue controlar y extender una idea al resto de la población, adquiere un gran dominio sobre sus congéneres. No importa su bondad o falsedad, lo trascendente es su capacidad para mover voluntades hasta convertirse en una fuerza irresistible. Desde que habéis alcanzado cierto grado intelectual, vuestra lucha por el liderazgo de la tribu os conduce al afán por dominar la opinión colectiva. Y siempre me ha dejado perpleja veros, a lo largo de la Historia, poniéndome a mí como pretexto. En lugar de admitir mis catástrofes como procesos naturales provocados para estimular la selección por aptitud, os culpáis a vosotros mismos de su existencia y los sufrís como castigo a vuestra irresponsabilidad. Esa tergiversación interesada de la realidad es tan antigua como la vida misma: aplacabais las riadas con la inmolación de vírgenes al río; exigíais sacrificios humanos



para acabar con las hambrunas; en el cólera o la sequía, sacabais procesión de flagelantes a las calles... y todo ello redundaba en el poder de unos pocos, supuestos intérpretes de los designios divinos. Siempre ha sido muy rentable hacer sentir a los demás el complejo de pecador, y siempre me ha fastidiado, decepcionado mejor dicho, verme utilizada como excusa.

Se tomó un respiro y continuó con su queja. Realmente estaba más molesta que decepcionada. A pesar del bigote, no podía ocultar su condición femenina:

—Ahora, en el siglo XXI, con unos medios de comunicación muy superiores, el control de los estados de opinión proporciona un tremendo poder económico. A pesar de vuestro aparente desarrollo intelectual me seguís utilizando como pretexto para amedrentar, amenazar y controlar voluntades. Cualquier catástrofe natural, cualquier manifestación de hostilidad ambiental es esgrimida como un castigo mío a la irresponsabilidad de cuantos osan transformarme. De nuevo, el hombre culpable merecedor del castigo divino. Pero, lo queráis o no, soy y debo ser hostil y vosotros debéis desarrollaros y luchar contra mi hostilidad si queréis seguir evolucionando como especie. Vuestra renuncia a hacerlo equivale a degeneración. Vosotros mismos la conocéis como decadencia... Si no fuera peligroso, resultaría cómico el afán del hombre moderno, que dice renegar de la religión, por sentirse culpable y pecador frente a la Naturaleza.

La hostilidad intelectual

Creí haberla pillado en una contradicción y la interrumpí con vehemencia:

—O sea, no solo somos potencialmente peligrosos al transformarte, también con las ideas colectivas. ¿Consideras natural un estado de opinión, falso y arriesgado para nuestro mañana? Si es así, criticas una obra tuya. ¿No?

La voz de la Naturaleza, como si brotara a través de un torbellino de arena, sonó furiosa. Parecía no gustarle sentirse acusada de algo que la llenaba de orgullo:

—Mi hostilidad no tiene por qué limitarse al campo físico. Si el ambiente intelectual es también agresivo, necesitaréis despabilaros para seguir adelante. Es otra manifestación de la selección por aptitud. Quienes os rendís a los estados de opinión, convivís con la falsedad y renunciáis a vuestra tarea, temerosos de la doctrina colectiva interesada, sois débiles y de porvenir incierto. Solo los rebeldes contra la mentira, en busca de la victoria en la batalla de las ideas, serán quienes superen la prueba de la selección.

Su voz tomó tintes de añoranza:

—A lo largo de vuestra Historia, en numerosas ocasiones una minoría opresora ha hecho valer un estado de opinión malsano en beneficio propio: las idolatrías, inquisiciones y nacionalismos han sojuzgado la voluntad y el desarrollo intelectual de las masas. Pero, tarde o temprano, han surgido valientes para reaccionar contra la idea dominante y han abierto de nuevo las conciencias a la verdad. Mis reglas del juego conducen sistemáticamente a una evolución ecológica de tipo cíclico. En determinadas épocas se produce una desviación en una dirección hasta llegar a un umbral inadmisibile donde la tendencia cambia el signo de desarrollo. La involución y la evolución se alternan siempre. Y para mover al hombre en una dirección u otra, utilizo siempre un arma infalible: la poesía.

La fuerza de la poesía

Esta última observación me dejó boquiabierto.

—¿La poesía? ¿Es un factor natural? ¿Interfiere en el proceso? Nunca habría pensado en el espíritu como parte de la Naturaleza.

La involución y la evolución se alternan siempre. Y para mover al hombre en una dirección u otra, utilizo siempre un arma infalible: la poesía

La voz fue ahora solemne como si el eco de las lejanas montañas orquestara una sinfonía grandilocuente. Parecía presumir de la perfección de su obra, de su presencia en cualquiera de nuestras actividades y de la propiedad de cuanto llamábamos espiritual:

—Todo lo vuestro me pertenece. También vuestro voluble sentido de lo hermoso. Cuando habláis de paisaje y os emocionáis con una puesta de sol en una costa limpia de edificación creáis un ente abstracto que solo existe para vosotros. Ninguna otra especie lo disfruta.

El sentido de la belleza, relativo y cambiante, es exclusivamente humano. A veces colocáis en vuestra escala de valores los elementos antrópicos en el cenit de la hermosura, y levantáis grandes catedrales o magníficos puentes. En otras, el péndulo os lleva a abominar de vuestras obras y exaltáis los paisajes carentes de cualquier huella humana. Ninguna de las posturas tiene valor per se. Ambas generan corrientes de opinión, tensiones internas que condicionan o dificultan la evolución de la especie. Pero ese sentido de lo bello y poético, aparentemente sutil y débil, es capaz de impulsar a toda la especie. Es un motor poderoso.

Hizo una pausa algo teatral, como si quisiera mantenerme en vilo, y después continuó, dejándome el regusto de una Naturaleza presumida:

—La poesía parece encerrar lo más noble del alma humana, pero está detrás de todos vuestros grandes conflictos, guerras y exterminios. La épica os conmueve el corazón hasta empujaros a luchar por ideales, con tremendas consecuencias materiales. Por eso, los manipuladores de la opinión, los fabricantes de movimientos colectivos en beneficio propio, suelen escudarse tras la poesía y los valores espirituales, impulsores de los cambios de tendencia en la especie. El ideal de una raza pura, una religión o el afán de conquista de un amor, conceptos en gran parte poéticos, han cambiado, varias veces a lo largo de la Historia, el rumbo de la especie humana, casi siempre de forma drástica y sanguinaria. Ahora anida en vosotros un nuevo ideal, el de conservar un paisaje idílico. La imagen de un renacuajo agonizante de sed o un conejo aplastado por una excavadora conmueven más voluntades que un mañana incierto. Esa imagen poética tan fuerte convierte la mentira en verdad y condiciona la voluntad de los dirigentes.

De nuevo su voz tomó un carácter solemne:

—Como consecuencia de ese recién alumbrado estado de opinión, ampliamente extendido y sustentado, se ha creado un nuevo ambiente hostil, sobre mi transformación. Con él, resulta heroico y casi imposible continuar la tarea del desarrollo. Hasta los ingenieros, agentes de la modificación territorial, os cuestionáis vuestra tarea... De nuevo la selección por aptitud. Solo si sois capaces de superar este nuevo obstáculo, esta barrera intelectual, progresará la especie. Si no, el desarrollo del último siglo no será sostenible y retrocederéis, como ha ocurrido cientos de veces en vuestro pasado.

El hombrecillo del bigote me tenía boquiabierto. Jamás me había visto como miembro de una especie animal sometida a tensiones que pusieran en riesgo su supervivencia. Nunca habría imaginado a los salvadores del planeta como causantes de la desaparición de la civilización. Y entonces comencé a intuir la presencia en la sociedad de dos poderosas fuerzas contradictorias. La empeñada en continuar transformando la Tierra para extender un nivel de vida digno y confortable a todas las criaturas y sus descendientes, y la contraria, obsesionada con maniatar a la especie, para sacrificarla a una deidad imaginariamente inmutable, que había que conservar estática a cualquier precio.

También supe que mi profesión estaba situada en una de las dos fuerzas antagónicas y, pensando en este congreso, volvió a preguntarte:

Los ingenieros

—¿Qué opinas de los ingenieros de Caminos?

Su carcajada sonó como el eco de un trueno lejano.

—Yo no opino. Soy mera testigo de la evolución de mis especies y mis leyes. Pero por esa misma razón te puedo describir como he visto vuestra contribución a tu pueblo.

Nacisteis como agentes transformadores del territorio en el siglo XIX. Por entonces España soportaba aún la misma hostilidad ambiental de la Edad Media. El hombre se movía con dificultad en un país sin comunicaciones, padecía hambrunas sistemáticas asociadas a las sequías periódicas, sufría epidemias frecuentes de cólera, su esperanza de vida no alcanzaba los cuarenta años y poco más de una estaciona-



ria decena de millones de habitantes cubría la piel de un país de difícil subsistencia. Los ingenieros de Caminos, tus antecesores, bajo la bandera del rigor y la austeridad, transformaron en un siglo la hostilidad ambiental. Con escasos medios tejieron una red de caminos y ferrocarriles que articularon las comunicaciones primarias del país. Para disponer de agua permanente, sembraron las cuencas de embalses y travesaron sus recursos de los cauces a los centros de consumo. Crearon la infraestructura de grandes canales y acequias para el regadío y abastecimiento, así como alcantarillados y depuradoras.

Tras una pausa su voz cambió a un tono con cierta punzada de admiración:

—Cien años después de vuestra entrada en escena, la población se había multiplicado por cuatro, la esperanza de vida por dos, habían desaparecido el hambre y el cólera y la hostilidad ambiental daba paso a la amabilidad. Al comienzo del último tercio del siglo XX, España era bien diferente de la del XIX, aunque todavía muy distinta de Europa. El primer mundo había alcanzado un nivel de bienestar social muy por encima del de un estado definido como en vías de desarrollo. Ahí volvisteis a la carga. En los últimos treinta años los ingenieros habéis contribuido a una transformación radical del territorio. Grandes autopistas y vías de comunicación vertebran el país, redes de energía eléctrica llevan hasta el último hogar la fuente de la vida moderna. Codo con codo con otras ingenierías habéis posibilitado el desarrollo de los aeropuertos, puertos, telecomunicaciones... Hoy, tu patria, es un hábitat privilegiado donde ha desaparecido mucha de la hostilidad ambiental gracias a un esfuerzo de superación que ha permitido a la especie dar un buen salto. Gran parte del mérito de ese progreso

os lo debe a vosotros, los ingenieros de Caminos.

Pero ahora sentenció despectivo:

—Sin embargo, tu colectivo ha iniciado el camino de la decadencia. Parece como si, una vez conseguido superar los retos del subdesarrollo y del desarrollo, os hubierais deflacionado, perdido tensión evolutiva y dejado de ser un motor de la especie.

Tirar la toalla

Aquella última frase confirmaba mis temores. Reflexioné en voz alta:

—A veces nos veo como el pecador arrepentido de sus pecados ¿Tu piensas también que hemos acabado por creernos la letanía de la profanación y nuestra conciencia culpable nos impide continuar?

La Naturaleza respondió tan tajante como si lanzara un rayo que dividiera en dos un roble milenario.

—Mis leyes son inmutables y sirven tanto para la selva como para la ciudad: cuando un colectivo retrocede ante la presión de otro, demuestra debilidad. Si es continua y no se corrige, acabará por extinguirlo. Como has visto, en la especie humana las tensiones se reflejan en los terrenos de la agresión física y de los estados de opinión. Como dice Saragamo nunca se ha hecho mayor culto de la mentira que ahora, y es desgraciadamente un mal momento para hacerlo: los hombres os enfrentáis a uno de los retos más grandes de vuestra historia: la sostenibilidad. Debéis extender el modo de vida amable y desarrollado conseguido en el primer mundo, al resto del planeta. Y debéis garantizarlo para las generaciones venideras. Es un reto muy difícil. Imposible según los pesimistas. Pero pone a prueba la capacidad de la especie de seguir evolucionando en aptitud. Tirar la toalla significa retroceder a épocas preteritas. El sueño de mantener el bienestar actual con la renuncia al progreso es falso. Es imposible conservar lo alcanzado para una minoría y transmitirlo solo a sus descendientes: el resto de habitantes del planeta no lo permitiría.

Como si intentara estimularme, aseveró:

—El comportamiento natural implica afrontar el reto, buscar soluciones, transformar lo hostil en amable, superar las dificultades, progresar... La especie

Los ingenieros de Caminos trabajaron calladamente, sin alharacas, y subordinaron su protagonismo a la eficacia de sus construcciones. Su norte era la función, su brújula la economía

se multiplica exponencialmente, los recursos se despilfarran y escasean, las desigualdades sociales tensan el ambiente. Difícilmente podría haber creado un marco más hostil para estimular la creatividad y la evolución. Ahora sería el momento para un colectivo como el de los ingenieros de Caminos. En este cuarto de hora debería dar el do de pecho. Pero os veo de capa caída: habéis perdido ilusión por la tarea; seguís anclados en el espíritu ascético, de tan buenos resultados en el siglo XIX pero tan impropio en el XXI; os sentís acomplejados por el estado de opinión dominante... No... No andáis por el camino adecuado.

Escasa influencia

—¿A qué espíritu ascético te refieres?

Me respondió un geiser escupido súbitamente entre las rocas para bañarme el rostro con agua hirviendo:

—El anonimato. La labor del siglo XIX fue anónima, callada. La sociedad estaba ahíta de obras y harta de palabrería. Los ingenieros de Caminos trabajaron calladamente, sin alharacas, y subordinaron su protagonismo a la eficacia de sus construcciones. Su norte era la función, su brújula la economía. Con esos dos soportes cambiaron España. Hoy la batalla exige otras armas. Desde el anonimato no se puede hacer nada en contra de la doctrina colectiva conservacionista. Hábilmente diseñada, conduce gobiernos, destrona dirigentes y enriquece a sus promotores. Dentro de una especie, los individuos se estructuran en colectividades y cada una de ellas se mueve en pos de sus intereses, rara vez coincidentes con el del global de la población. La lucha por la existencia no solo se efectúa a nivel individual o entre especies, también se produce entre colectividades con objetivos contrapuestos. Actualmente, el estado de opinión que cuestiona el desarrollo está alimentado por colectivos de organizaciones internacionales, de escaso control gubernamental, capaces de mover hábilmente los hilos de los sentimientos; es mayoritariamente seguido por tribus de comunicadores atraídos por el morbo, catástrofe y argumentos de venta; y está suscrito por manadas de científicos felices en un terreno abonado para obtener subvenciones de investigación. El colectivo de políticos siem-

pre sigue fielmente los deseos de la mayoría y se apunta a una opinión suscrita por la gente de buena fe abducida por el mensaje. Por contrapartida el de los ingenieros está ausente. Es muy difícil luchar contra un estado de opinión universal, porque no es un problema exclusivo de España. Pero lo es aún más si se renuncia a la batalla, se admiten las tesis críticas con la colonización del territorio, se entona el mea culpa y, para colmo, en una sociedad enamorada de la popularidad, os escondéis debajo de una baldosa.

¿Hay que renunciar?

Aunque ya había reflexionado muchas veces sobre ello, empezaba ahora a comprender la escala ecológica de la opinión ambientalista.

—¿Tenemos perdida la partida? ¿Debemos renunciar a nuestra tarea transformadora?

La respuesta sonó como el rugido de una manada de leones.

—Tenéis un ambiente hostil. Pero se os supone especímenes selectos. En algún momento reaccionaréis. Deberíais comenzar por daros a conocer y respetar, por buscar la popularidad. Una colectividad de desconocidos anónimos tiene escasa influencia en la especie. Es condición básica ser popular para poder influir. Una tesis solo será respetada cuando la sustenten líderes sociales. Después debéis pronunciarlos. Ante una opinión catastrofista hace falta una alternativa defensora de la necesidad de seguir mejorando el mundo para subsistir. El cambio del vector ambientalista solo se conseguirá con un importante esfuerzo en comunicación. La auténtica sostenibilidad exige aumentar los recursos disponibles, administrarlos mejor, encontrar otros nuevos; construir nuevas infraestructuras para vertebrar a las nuevas demandas y extender el desarrollo a los países desfavorecidos. Y todo eso entra en la competencia de los ingenieros. Debéis convencer a la sociedad del nuevo camino, después, es tarea vuestra, emprenderlo para triunfar sobre la hostilidad. La humanidad corre el riesgo, como tantas otras veces, de retroceder y está en vuestras manos impedirlo.

Se interrumpió y concluyó secamente:

—Bien, ya te he informado. Es hora de irme.

Es un privilegio asumir la tarea de modelar la Tierra, sintiéndonos colaboradores directos del Creador. Cada jornada nos toca hacer un poco más amable el mundo

Me quité las gafas y abrí los ojos. El hombre del bigote se había puesto de pie y caminaba hacia la puerta. ¿Lo hacía majestuosamente o era imaginación mía?

—¿Por qué hace esto? —Le pregunté—. ¿Por qué pierde el tiempo conmigo?

—Tengo puestas muchas esperanzas en la especie humana. Mi único afán es extender la vida y vosotros sois mi oportunidad de saltar a otros planetas. Por eso intervengo de vez en cuando para advertir de los riesgos del estado único de opinión.

—¿Entonces, nuestro comportamiento abusivo y demencial no acabará por destruir la Tierra?

—Por la cuenta que os trae ya cuidaréis de hacer bien las cosas. Si os empeñáis acabaréis con todo, pero no sois tan tontos, con trabajo y sensatez podréis hacer verdad el desarrollo sostenible.

—¿Y si no te hacemos caso?

—Desperdiciaremos algunos siglos. Solo es cuestión de tiempo. Si tu generación se rinde al conservacionismo y confunde el cuidado de los recursos con el inmovilismo, vendrá otra para recuperar el tiempo perdido. Las únicas víctimas del aplazamiento serán vuestros hijos.

—Oye, lo último, ¿es verdad lo del cambio climático?

Sonrió con aire pícaro.

—Mi papel no es el de soplar la solución a los problemas, sino plantearlos. Resolverlos es tarea vuestra...Pero te daré un consejo de despedida: desconfía de la ciencia que se hace política y de la política que se convierte en religión. Ni son ciencia, ni política. Hasta la vista.

Y sin más, quien decía ser la Naturaleza salió de mi despacho dejando un aroma a pino salvaje que mi secretaria, al entrar de nuevo, confundió con el del ambientador.

La tarea pendiente

No sé si aquel hombrecillo era un embaucador, pero me ofreció puntos de vista muy sensatos, diametralmente opuestos a la doctrina al uso. Tras hablar con él, tuve la sensación de haber comprendido la verdadera dimensión de nuestra profesión.

Es un privilegio asumir la tarea de modelar la Tierra, sintiéndonos colaboradores directos del Creador.



Cada jornada nos toca hacer un poco más amable el mundo, establecer vías de comunicación entre las gentes de pueblos distantes, tender puentes entre hombres dispuestos a estrechar sus manos, posibilitar el desarrollo de ciudades donde vivan más felices nuestros hijos, dotarlas de agua y recursos, reparar los daños de la actividad antrópica, eliminar la contaminación, cuidar y proteger a los ecosistemas y tratar con mimo al territorio. Trabajamos a una escala de cíclopes reservada en apariencia para los dioses, propiciamos la llave para cambiar la vida de nuestros congéneres y, en gran manera, somos unos de los agentes elegidos por la Naturaleza para quitarle hostilidad al planeta.

Nuestra privilegiada misión es hermosa y delicada a la vez. No resulta extraño que muchos de nosotros hayamos cambiado nuestra escala de valores para hacer de las infraestructuras nuestro propio objetivo vital. Es apasionante ser cirujano de la Tierra, una profesión llena de trascendencia, por eso cautiva, ocupa permanentemente nuestra atención y convierte un trabajo, un medio de vida, en una vocación, la razón de ser de una existencia.

A nadie se le oculta que, precisamente por su dimensión, conlleva también una gran responsabilidad. La cirugía ha de evitar el daño al cuerpo operado y cuando repara desperfectos, establece nuevas vías de circulación sanguínea, drena desechos y abastece tejidos desnutridos, también restaura para dejar las mínimas cicatrices posibles y garantizar la conservación de todas las funciones vitales. La cirugía del territorio exige el cuidado del paisaje, la res-

tauración de los elementos alterados y la garantía de permanencia de los ecosistemas afectados.

Este trabajo produce emociones íntimas. Los hombres del mundo del proyecto y la construcción, estamos satisfechos de nuestra aportación a la sociedad y disfrutamos con ella, cuando nuestras obras han sido pensadas y realizadas con el mimo, la sensibilidad y la eficacia que presiden un quirófano. Y, si somos criticados y vilipendiados como gente agresora del medio, carente de sensibilidad y capaz de cambiar un árbol por un metro cúbico de hormigón se comete la misma injusticia y error que si se deseara un mundo sin cirujanos, valga otra vez el símil, porque cortan, hacen daño y sangran a sus pacientes.

El decálogo

Bien vale la pena reflejar mi diálogo con la Naturaleza, en un decálogo de deberes para ser expuesto como tarea inaugural de un congreso. Son deberes para crear un nuevo estado de opinión, porque nuestras reflexiones de estos días servirán para poco si no somos capaces de transmitirlos a los demás. Este Congreso solo será útil si nos proporciona una nueva actitud de comunicación con la sociedad y un compromiso de apertura a los medios de opinión.

Y para ello es preciso comenzar por prestigiar a la profesión, salir del anonimato, llenar el ámbito de la popularidad con nombres de ilustres ingenieros para que sean conocidos y respetados y establecer una política de comunicación planificada y mantenida.

Si lo hacemos así podremos compartir con los demás este decálogo destinado a romper la doctrina del pensamiento único:

- Extender la perspectiva del hombre como especie natural, integrado en la Naturaleza, sometido a las tensiones y estímulos de los procesos naturales. Quizás seamos demasiado orgullosos para admitirlo y nos empeñemos en contemplarnos como algo distinto.
- Transmitir el concepto de nuestras relaciones con el entorno y el resto de las especies enmarcadas bajo el prisma de la selección por aptitud en un ambiente necesariamente hostil.
- Resaltar la concepción del desarrollo como una obligación de subsistencia: la especie o evolucion-

na o se extingue. Pero esa actividad debe ser sostenible, es decir sustentada en el respeto ambiental, la justicia social y el progreso económico.

- Explicar la transformación del territorio en pos de un mundo más amable como una actividad natural, tan imprescindible para la evolución de la especie como la respiración. Modificación compatible con el cuidado del entorno y sus ecosistemas bajo los principios de la ecología.
- Ser conscientes de que las tensiones internas dentro de la especie humana trasladan el ambiente hostil de selección por aptitud a las diferentes colectividades que la constituyen. El desarrollo intelectual de los individuos permite extender vectores de progreso en distintas direcciones. La especie no marcha en dirección única, late, avanza, retrocede, acelera o frena. Los estados de pensamiento único son malsanos porque empujan a la manada en una sola dirección, casi siempre errónea. El ecologismo radical pretende dominar con sus dogmas toda la opinión colectiva y con ello pone en riesgo la supervivencia de la civilización.
- Difundir la idea de una controversia natural — artificial artificiosa. La obra humana pertenece a la Naturaleza, su estética solo es perceptible por el hombre y la valoración de la actuación antrópica está sometida a modas.
- Dar un mensaje de confianza en el ser humano: el control de la capacidad destructiva del hombre viene regulado por la supervivencia de la especie. Por la cuenta que nos trae administraremos bien los recursos, buscaremos nuevos, respetare-

mos y mimaremos las especies básicas para la vida y cuidaremos de un paisaje, con su componente antrópica, importante para nuestra felicidad.

- Revalorizar nuestra visión del papel del ingeniero: solo una ingeniería de excelencia conduce al triunfo en nuestros intereses empresariales. Debemos proyectar bien, con rigor. El constructor debe evitar la crítica sistemática al proyecto y construir con respeto a la técnica. Para ello, ambos debemos contratar sensatamente y los ingenieros de la Administración deben respetar, cotizar y estimular a aquellos que trabajan con rigor y eficiencia.
- Debemos tomar conciencia de nuestro reto: la sostenibilidad, garantía de vida amable para todo el planeta y nuestros descendientes. Y para alcanzarla, nuestro mensaje debe ser claro, valiente, constante y rotundo. Si nosotros, conscientes del problema, no lo transmitimos a la sociedad, estamos perdidos.
- Y, por último debemos estar convencidos de nuestra capacidad para superar el ambiente hostil contra nuestra tarea.

Los ingenieros de Caminos fuimos artífices importantes en la labor de sacar a España de la Edad Media, después hemos contribuido decisivamente a transformarla en un país estructurado perteneciente a las ocho primeras economías del mundo. ¿Cuál es el papel que nos depara el futuro? ¿Seremos agentes claves para alcanzar la sostenibilidad? A mi no me cabe la menor duda: nosotros, solos o acompañados, diseñaremos el mañana. ♦